

CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO COMO ELEMENTO DE PROGRESO.

I.

Discutan en buen hora los sabios que penetran en la filosofía de la historia si el paganismo romano murió de vejez como árbol sin savia, de carcomido tronco y ramas desgajadas, ó si en el vigor y lozania de su existencia vino á cortarla de súbito la doctrina celestial de Jesus, ni más ni ménos que destruye el imperio de la noche, y ahuyenta sus sombras, el primer rayo del sol que asoma esplendoroso por Oriente.

Hé aquí una cuestión que á nuestro modo de ver es muy leve ó es muy grave: es leve, si tan solo se refiere al aspecto religioso que el imperio romano ofrecia en los primeros siglos del cristianismo: es grave, si con ella se desea poner en duda la eficacia del Evangelio y atribuir á obra del tiempo lo que es obra de la verdad, obra del cielo. Aun admitida momentáneamente la hipó-

tesis, aun suponiendo que el paganismo romano cayó por su propio peso, la recta razon y el buen criterio pueden exclamar: « ¡Miseras religiones que caen sin que haya mano sobrenatural que las sostenga: miseras religiones que mueren de vejez como la materia que les sirve de fundamento, como el hombre físico á quien deifican con sus extravíos y sus crímenes! » Una religion que no es mas fuerte que el tiempo, que no es perpetuamente jóven como la verdad, es una religion fabricada en la tierra, que puede vivir tanto como un monumento de piedra, tanto como las pirámides de Egipto; pero que se derrumba al cabo con la incesante lluvia de las generaciones, con el fuego de los vicios, con los huracanes que desencadena el genio fatal de la revolucion.

El paganismo romano murió: luego no era la verdad; porque la verdad es inmortal: y murió el paganismo romano cuando cobraba vida el elemento cristiano, que es la luz: luego el paganismo representaba las tinieblas; y las tinieblas son en efecto viejas, muy viejas; existieron ántes que el sol. En este sentido bien puede sostenerse que el paganismo sucumbió helado por la vejez.

II

Al aparecer sobre la tierra el cristianismo, no señala una absoluta innovacion en la manera de

ser y de sentir y de deber; ideas muy trascendentales del cristianismo preexistieron á la predicacion de Jesus. Asi como á la idea de Dios hecho hombre y redimiendo á la humanidad en el suplicio preexiste la idea de Dios criador de los cielos y de la tierra, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, del Dios del mar Rojo y del Sinaí, así al Evangelio preceden los preceptos dados á los patriarcas, y preceden las tablas de la ley, escritas por el dedo de Yhowáh. La luz brotó en el primer dia de la creacion, y el sol no fué formado y suspendido en el firmamento hasta el dia cuarto; de la misma suerte la luz de la revelacion comunicada al pueblo de Israel, brilló ántes de que apareciera el sol del Evangelio, destinado á iluminar los confines todos de la tierra. El cristianismo no rechaza el Oriente ni el Occidente, no se limita al Occidente ni al Oriente: su divino Fundador ha muerto con los brazos extendidos, y el abrazo de la cruz alcanza á los opuestos polos y sirve de lazo á todas las naciones del universo. El antiguo Oriente adoró la suprema unidad, el Occidente la variedad suprema: el panteísmo en la India, el dualismo en Persia, el politeísmo en Grecia contrastan con el unitarismo teológico del pueblo judaico: todas las mistificaciones indias, todos los genios persas, todo el Panteon y el Olimpo y el Capitolio de Atenas y de Roma son á los

ojos de la filosofia y teologia mosaicas, cenizas científicas que deben enterrarse bajo una losa en la cual se graben estas sencillas palabras, primer canto de la primera epopeya del mundo: «*In principio creavit Deus cælum et terram.*»

El severo monoteísmo hebraico que no admite imágen ni representacion de Dios ni de sus obras, para evitar el riesgo menor de idolatria, y el ancho politeísmo de los pueblos paganos, que divinizando la materia cultiva y desarrolla localmente las artes, abren paso á la nueva doctrina, que fundada en la unidad de Dios, no menosprecia la materia ni proscribela manifestaciones: á la tésis monoteísta oriental y á la antítesis politeísta occidental sucede la síntesis cristiana universal: el catolicismo.

III

Aquellos tres magníficos caracteres, Verdad, Bondad y Belleza, que como en el soberano centro de todas las perfecciones resplandecen en Dios, y comunicándose á la tierra, patentizan á todo instante la gloria del Criador, tan solo en la doctrina católica reciben admirable desarrollo y tienen alta y venturosa aplicacion. Los tres magníficos atributos, Inteligencia, Amor, Poder, que residen en la humanidad como reflejo de los enunciados caracteres de la Divinidad, tan solo en la

doctrina católica pueden ser concebidos y explicados en toda su consoladora trascendencia. Las tres grandes virtudes, Fé, Caridad y Esperanza que establecen el misterioso contacto de estos atributos y aquellos caracteres, tan solo en la doctrina católica se revelan con toda su hermosura celestial.

La fe, dulce palabra que no se encuentra en el diccionario del paganismo, ilumina la inteligencia, y por el apacible camino del creer conduce al alma al codiciado término del saber. La verdad es la madre de la ciencia; y la verdad es el dogma; y el dogma solo puede conocerse por la fe: todos los pueblos anteriores á la venida de Jesucristo, excepto el judaico, carecieron de esa luz y palparon las tinieblas del error. La duda habia sido el funesto patrimonio de la antigüedad, que dominada por la soberbia y el orgullo, rodó perpetuamente como el Sisifo de la mitología de uno en otro abismo, de una en otra negacion, de uno en otro absurdo filosófico ó teogónico; y rodando estaba cuando la aurora de la verdad brilló sobre el sereno horizonte de Nazareth. El Antiguo Testamento, emblema y figura de un orden maravilloso de acontecimientos que habia de cambiar la faz del universo, se explica y cumple y realiza en el Testamento Nuevo.

El gran libro que habia atravesado por tantas

generaciones flotando siempre sobre las olas de todas las tempestades sociales; el divino poema en cuyas páginas, como en arca providencial, se salvó del naufragio de las verdades la historia de la humanidad; los escritos, finalmente, de Moisés, de Salomon y de Esdras se abren al mundo, iluminados con el resplandor del Evangelio, y el mundo de la inteligencia cae de rodillas ante aquel soberano monumento de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza. La historia aprende imparcialidad, sencillez y concision en las páginas del Pentateuco: la Filosofía, que apénas ha salido de la infancia, y acaricia ora el sensualismo aristotélico, ora el espiritualismo de Platon, se conturba ante el libro de Job, y retrocede avergonzada al deletrear un poco mas adelante en el libro de los Proverbios «*timor Domini principium sapintiæ,*» y halla por último el epitafio de sus ilusiones en las palabras del Eclesiastés: «*Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*» La poesía gentilica palidece ante los arrebatados cánticos de Moisés y de Débora: Pindaro y Anacreonte, Horacio y Tibulo son al respecto de David y Salomon, de Isaías y el ternísimo poeta de los Trenos, como el bronce de los ídolos comparado con el oro de Ophir: el cristianismo, que abre las puertas del templo de la verdadera filosofía, colocando la fe en el tabernáculo, abre tambien las

puertas del templo de la poesía, exponiendo á la universal admiracion y acatamiento el misterioso libro hebreo donde beben poesia las generaciones de treinta siglos, y beberá la última generacion sin que el caudal se disminuya ni una gota, sin que falte ni una letra ni un ápice: *aut jota unum aut unus apex.*

Es, pues, la Biblia el sagrado depósito de la verdad. El catolicismo, explicando la Biblia y venerándola como fundamento de su doctrina salvadora, da un solemne testimonio del origen sobrenatural de que procede, del espíritu de verdad que lo anima y fortifica. Hemos dicho que la verdad conocida por la fe es el dogma, y el dogma es la trama indestructible en que se forma el tejido de las ciencias: confesemos que el catolicismo inaugura una faz, mejor dicho, inaugura la única faz verdadera de las ciencias en sus diversas ramificaciones.

IV

El catolicismo predica la fe y hace de ella una virtud; la fe es destello vivísimo que alumbra la inteligencia; por la fe el hombre alzando la vista se eleva hasta mas allá del firmamento; volviendo la vista en derredor se explica multitud de fenómenos que la razon no alcanza. Es preciso no

olvidar que la inteligencia, partiendo desde el hombre falible á Dios, verdad absoluta, á quien humildemente se somete, es la fe: la inteligencia, partiendo desde sí misma al conocimiento natural de las cosas por la luz de la razon, que ha recibido del mismo Dios, es la ciencia humana. El águila que se cierne en las nubes y mira al sol cara á cara, percibe desde las nubes con admirable perspicuidad los objetos que están á flor de tierra. A mayor caudal de fe, mayor tesoro de ciencia; á mayor tesoro de sana ciencia, mayor viveza en la fe: la mucha filosofia conduce á la religion, ha dicho uno de los primeros pensadores de Europa; la poca filosofia conduce á la impiedad.

El gnosticismo y eclecticismo alejandrinos, postrera manifestacion de la filosofia griega, se empuñan ante una doctrina que da ancha base, no solo á las ciencias históricas, sino á las ciencias filosóficas y físicas: los grandes problemas del origen y destino de la humanidad, de la causa primera ó poder creador, y de la distincion entre el espíritu y la materia, no los habia resuelto ni apenas iniciado el mundo pagano: la ciencia católica descubre el velo que oculta esas verdades, y el mundo empieza á aprender.

El panteísmo se habia creado un Dios de las mismas proporciones que el mundo, y adorando

al mundo creía adorar á Dios: pero Dios criador es infinitamente mayor que todo lo criado; por eso está presente á todo, y todo lo regula y todo lo ordena y todo puede confundirlo con una palabra de sus labios, con un soplo de su boca. El mundo material es círculo muy estrecho para la fe cristiana; si Dios no fuese infinitamente mayor que el mundo, esa celestial corriente del espíritu al cielo, ese vislumbre de la Divinidad que penetra en el alma humana formada á su imagen y semejanza, ni tendría digno empleo, ni tendría siquiera razón de ser: el catolicismo no confunde lo criado con el criador: *in principio creavit Deus cælum et terram*; hé aquí una verdad inspirada: hé aquí un dogma. La unidad sustancial de Dios, existiendo ántes del principio, obrando cuando plugo á su eterna sabiduría é infinita misericordia, y rigiendo desde el principio hasta hoy y hasta la consumación de los siglos la mole universal de lo existente, es el Dios suprema Verdad, fuente de todo saber; es el Dios que Adam conoció por la palabra, que los patriarcas adoraron por los prodigios, que los profetas cantaron por la inspiración, que los cristianos conocemos, adoramos y cantamos por la fe. Contra el panteísmo, enseñando que Dios existe en todo, aparece el cristianismo estableciendo que todo existe por Dios: contra el imperio absoluto de la razón, que

mira solamente lo que alcanza, y alcanza solamente lo que mira, el imperio de la fe, que remontándose del mundo de la materia, se eleva hasta la región de lo infinito: contra el horrible martirio del dudar, el consuelo dulcísimo del creer: contra la opresión de la ciencia, esclava como casi todos los que la cultivan, la ordenada y santa emancipación del pensamiento, el glorioso nombre de Maestro aceptado por el Dios-Hombre con preferencia al de Rey y Emperador: contra las tinieblas, la luz; en pos de los errores, la verdad; en pos del caos científico, la esplendorosa imagen del progreso.

V

En Dios existe la suma Bondad; y en el alma humana hay una virtud, la virtud productora de las buenas obras que corresponde á la Bondad como un reflejo, como la fe á la verdad: esta virtud es el amor, que se eleva hasta Dios, y se dilata hacia los hombres. San Juan ha dicho: «Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.» Y San Marcos: «Amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.» Y San Pablo: «El fin del mandamiento es la caridad, de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida.» ¿Ha-

beis visto, lectores, en algun libro pagano las dulces palabras de caridad y fraternidad?

Los hombres no van á dividirse ya en libres y esclavos, en patricios y plebeyos, en ricos y pobres: la ciencia, el honor y la felicidad van á estar ya al alcance de todas las condiciones, de todas las esferas sociales: los que mandan reconocerán un poder superior al que ejercen: los que obedecen sabrán cuál es el círculo en que se encierra la obediencia justa: los ricos comprenderán que de Dios viene toda riqueza y que los pobres forman en la tierra la porcion escogida, la corte de honor del Rey de los cielos que al terminar su vida mortal no tenia suyo ni sepulcro en que su cuerpo sagrado se depositara: los pobres verán sin envidia la riqueza; porque la resignacion es ejecutoria que les franquea el derecho á una herencia que vale mas que todo el oro de los magnates, que todo el esplendor de los soberanos: los pueblos de diverso clima dejarán de ser enemigos, porque al parentesco de la sangre, que se descubre apénas resuelto el problema de la unidad de las razas, á la union en Noé, se agrega la union en Jesucristo. Si los lazos de la materia podian romperse y desaparecer, los lazos de la gracia son irrompibles. Los corazones que al rayar el alba se elevan al cielo conmovidos de agradecimiento por el beneficio de la luz, pidiendo fuerzas para

el trabajo del dia, y que á la caida de la tarde oran dando gracias por el sustento recibido y pidiendo reposo para la noche, son corazones hermanos que no se conocieron en el mundo de los filósofos panteistas ni en las aulas de Atenas y Alejandria. Ya no será el matrimonio la sumision simultánea ó sucesiva de las mujeres al poder del hombre; será la union perpétua, indisoluble, de varon con hembra; será la santa organizacion de la familia, la feliz garantía de los mas altos derechos, la base, en fin, en que se apoye, como en firmísimo cimiento, el edificio social.

VI

No es posible concebir nada mas opuesto á la idea de progreso que la idea del egoismo: si el progreso es la tendencia constante del hombre hácia el bien que mira más ó ménos cerca; si es la ascension continua del espíritu, el egoismo es la reconcentracion de las fuerzas y de los afectos en el interior del alma: por la idea del progreso el hombre se exterioriza, emprende un viaje de dentro á afuera: por la idea del egoismo el hombre se interioriza y emprende el viaje de fuera adentro: el egoista, creyéndose feliz consigo mismo, encerrado en su *yo* como un soberano en alcázar de oro, no aspira al perfeccionamiento: las

paredes del pecho le sirven de muro: para el egoísta no hay mas allá. Así vivió gran parte de la humanidad ántes de que el mundo aprendiese lo que es amor en el ejemplo divino y en las palabras del Evangelio.

El amor evangélico, la caridad es, como elemento social, el regulador de las condiciones, el germen fecundo de la moral, sin la que las sociedades no pueden existir. Por el amor que establece la fraternidad en Jesucristo, la autoridad y la obediencia se explican y razonan; se condenan la tiranía y la rebelion. La caridad es la prenda segura de la union, y la union es prenda del progreso. La caridad da al que no tiene, enseña al que no sabe, perdona al que ofende, y ama por fin á todos, incluso los enemigos. Reconozcamos pues como un paso gigantesco en el camino de la vida social, ese precepto maravilloso, esa virtud emanada del Verbo que es eterna Bondad, esa virtud por la que al horrible aislamiento de los antiguos pueblos sucede la armonía, al egoísmo sucede la abnegacion, al hielo de la indiferencia individual el fuego vivificante de un amor puro, inmaterial, animado por el influjo de la Bondad soberana que resplandece mas allá del firmamento.

VII

Allí, en el término del amor, brilla tambien la eterna Belleza, la Belleza absoluta: el espíritu que la vislumbra por la fe, vuela hácia ella por la esperanza, y creando por medio de su poder, no seres, que á tanto no alcanza el hombre, pero sí maneras de ser, relaciones, armonías, da vida al arte. El arte brota del feliz consorcio del creer y del amar, de la fe y de la caridad. Es lo bello, segun Platon, el objeto propio del amor. Si no hay religion alguna que enseñe á amar sino la religion cristiana, ¿cuál religion sino la cristiana podrá señalar la verdadera fuente de lo bello, el tipo soberano, el bello ideal? «La virtud, dijo San Agustin, es el orden en el amor: y lo bello es el esplendor del orden.» Si pues la idea del orden no ha podido explicarse hasta que la doctrina evangélica iluminó los confines de la inteligencia, ¿cómo ha podido apreciarse ántes de esa aurora feliz la naturaleza de lo bello, el esplendor del orden?

El bello ideal no existe en el mundo de los sen-

tidos; está mas alto: el alma vuela hácia él, porque Dios en su bondad infinita le ha concedido las alas de la esperanza. Prescindamos de la esperanza, y hemos suprimido el arte: ¿qué otra cosa es sino obra de la esperanza ese poder en cuya virtud el llamado genio de la escultura toma un pedazo de mármol, y comienza á ver el busto que proyecta; el llamado genio de la pintura prepara el lienzo y mira ya la sonrisa de la virgen que va á delinear; el llamado genio de la música empieza á combinar sus notas, y presiente la armonia de su obra; el poeta, por último, no ha comenzado á cantar, y sabe que la inspiracion va á descender á su excitada fantasia, y se deleita en la hermosura aun no creada de sus cantos? ¿Quién sino la esperanza, puso la primera piedra en la catedral de Colonia y en el monasterio del Escorial; quién trazó el primer rasgo del *Pasmo de Sicilia*; quién inspiró á Hayden y Mozart sus melodías dulcisimas; quién guió la mano de Miguel Angel; quién dictó el primer verso de la inmortal *Gierusalemme*? La esperanza, movida por una voluntad firme, por un amor puro é intenso. La voluntad, se ha dicho con justicia, es la mitad del genio; pero la fe es por lo ménos la mitad de la voluntad. El talento es el principio del arte: cierto; pero el amor á lo bello es su condicion esencial: más prodigios

de arte ha hecho el amor que el talento. El hombre de ciencia necesita cabeza y corazon; el hombre de arte necesita corazon y cabeza.

Los pueblos politeistas que no llegaron á la nocion perfecta del amor, materializaron el arte: no comprendieron la unidad suprema, ni por tanto el tipo soberano de la belleza: bajaron la divinidad hasta la tierra; mal pudieron subir la inteligencia ni el corazon hasta los cielos.

Si el racionalismo desechando la fe envenena la ciencia; si el egoismo excluyendo la caridad representa el suicidio social, el fatalismo oscureciendo la esperanza enrarece el aire donde el arte respira, y ahoga el arte.

El fatalismo, que tiene á ménos creer en Dios, y no se avergüenza de creer en el acaso, comienza por negar que el mundo sea una obra armónica *creada*; continúa desconociendo al Supremo Artista de la creacion, y termina por entregar el mundo á la horrible monotonía del quietismo, á la nulidad absoluta del progreso. Es inútil preguntar por las artes en los pueblos donde ha dominado ese sistema, ó mas bien esa pereza respecto de todos los sistemas execrada por la historia y por la razon con el nombre de fatalismo.

La doctrina evangélica, que condena el racionalismo inculcando la fe, y que rechaza el egoismo predicando la caridad, destruye el fatalismo ha-

ciendo de la esperanza una virtud. La doctrina celestial del Evangelio da al alma un poder magnífico, el poder de la esperanza; y da al genio unas alas sobrenaturales para que vuele al ideal de la Belleza: las alas de la esperanza. Bendiga, pues, el arte, como bendicen las ciencias, como bendicen las sociedades cultas, el espíritu eminentemente progresivo de la doctrina católica!



CAPITULO IV.

DE CÓMO EL CRISTIANISMO HA REALIZADO EL PROGRESO.

I

Al terminar el capítulo primero, dijimos «que el último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del progreso.» Y en efecto, si filosóficamente, *á priori*, el cristianismo señala el principio de todo progreso científico, artístico y social, históricamente, *á posteriori*, es demostrable y patente el desarrollo de ese progreso científico, artístico y social por virtud del cristianismo.

San Pablo escribió en su Epístola á los hebreos: «Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos.» Jesucristo es el Verbo, y el Verbo era en el principio. Jesucristo, prodigio de amor, murió por los hombres, y quedó entre los hombres por un misterio de amor: al terminar en la tierra su vida de Hombre, dejó en la tierra establecido su reinado de Dios, reinado que durará mas que